

y se vuelve ligero el aire,
en esa apatía balsámica
que huele a almizcle...
Entonces...
los juramentos conmueven a los árboles,
se agachan las sombras,
retorciéndose bajo sus pies
buscando con torpeza resguardarse
quien sabe de que...
Pero los sentidos se desgastan,
hasta perderse en un collage de palabras
que pierden su lucidez...
más allá de esa ilusión a la que llaman miedo
donde se cuece un paraíso, sin alas
ni sueños inducidos
goteando silencios,
cuando el alba se desvive
sin encontrar atisbos,
con el cuerpo y los pensamientos agrietados.
Entonces el júbilo se congela...
en las orgías de las horas
delirantes y tenebrosas ...
y se levanta el sol con sus pies descalzos
colmado de tristeza, vacío y soledad...
tal vez, para morir en un fulgor de cenizas...

En la continuidad mansa de ese espacio...

Cuando la palabra se insinúa temerosa a destiempo
y se adhiere a la espera del vértigo del otro
inciertos los minutos se regodean atentos.

No te fies...
suena quedo esa voz soñolienta en el vacío,
en la continuidad mansa de ese espacio
acorralada en circunstancias muy adversas
y con la boca seca...
¡Hay un sueño que espera ser soñado!

En la desesperanza...

Como si atravesaran los ojos a otro lado del espejo, entre tristezas azules de un circo en diciembre. Bajo una luz patrullada de libélulas, nos desnudamos con la mirada, tumbándonos en la avenida de la desesperanza. Como arpegios que destruyen los anchos muros, de ruinas apesadumbradas, en noches de color violeta. Esos ásperos mundos en los que tendemos esta historia inclemente y desatinada, inacabada como la obra final de Puccini. En tanto vuelan muy alto las gaviotas con sus sueños.